

macacos. Esta última laguna nos permite ya deducir que en América la naturaleza no ha podido elevarse hasta el hombre, pues desde el grado inmediatamente inferior á éste, ó sea desde el chimpanzé y el orangután hasta el hombre, el paso que había que dar era todavía inmenso. Así vemos, de acuerdo con esto, que las tres grandes razas caucásicas, mongola y etiópica, que las consideraciones fisiológicas y lingüísticas nos obligan á considerar como igualmente primitivas, han tenido las tres su cuna en el Viejo continente, mientras que América se halla poblada por una rama mongólica cruzada ó modificada por condiciones climáticas y venida probablemente de Asia. Sobre la superficie terrestre, tal como estaba constituida antes de la última revolución del globo, la naturaleza había producido aquí y allá el mono, mas no había podido llegar al hombre (1).

Desde el punto de vista de donde parten estas consideraciones (que nos han hecho ver que la materia es dondequiera la voluntad hecha visible, y que cuando se estudia la materia bajo el aspecto puramente físico, y en virtud del tiempo y la causalidad, nos han hecho ver en ella el origen de todas las cosas), nos sentimos fácilmente llevados á preguntarnos, si, aun en filosofía no podíamos colocarnos en el punto de vista objetivo tan bien como en el subjetivo, y sentar como verdad fundamental la proposición siguiente: *No existe nada más que la materia y las fuerzas inherentes á ella.*

(1) Los lectores ilustrados observarán que muchas de las afirmaciones que hace Schopenhauer en el presente capítulo y en los anteriores de este libro segundo, están ya refutadas ó puestas en cuarentena por los adelantos científicos operados desde que el filósofo alemán escribió esta segunda parte de su obra.—(N. DEL T.)

Ante todo debemos recordar que la hipótesis de esas fuerzas inherentes de que tan fácilmente se habla, reduce toda explicación á un milagro enteramente incomprensible, ante el cual se ve obligada á detenerse dicha hipótesis, ó del cual debe hacer su punto de partida; pues, efectivamente, ¿no es un verdadero milagro cada una de esas fuerzas naturales tan regulares y tan inexplicables que hallamos en el fondo de todos las diversas acciones de un cuerpo inorgánico, de igual modo que la fuerza vital que se manifiesta en todo cuerpo organizado?

Demostré en el capítulo XVII que jamás la Física podrá destronar á la Metafísica, precisamente porque se contenta con admitir esos y otros principios sin pretender profundizar en ellos, lo que supone que renuncia de antemano á suministrar una explicación última de las cosas. Deborecordar, además, que al final del primer capítulo he señalado las deficiencias del materialismo, mostrando que en este sistema filosófico el sujeto se olvida en sus especulaciones de sí mismo. Todo esto proviene de que lo que es objetivo y exterior, no es más que una percepción, siendo, por consiguiente, algo mediato y secundario, que no puede ser jamás la interpretación última de las cosas ni servir de punto de partida á la Filosofía. Esta debe partir de un principio inmediato, y un principio de esta clase tiene que ser evidentemente un dato de la conciencia íntima que parta de nuestro interior, en una palabra, de lo subjetivo. En esto consiste el mérito eminente de Descartes, que fué el primero en colocar en la conciencia de sí el punto de partida de la Filosofía. Después, los verdaderos filósofos, principalmente Locke, Berkeley y Kant, cada uno á su manera, continuaron por el mismo camino, y sus investigaciones me han conducido, á

mi vez, á descubrir en el conocimiento inmediato dos datos en vez de uno solo; estos dos *data*, enteramente distinto el uno del otro, son la representación y la voluntad; por su empleo combinado me ha sido posible llevar la investigación más lejos que aquellos filósofos, al modo que en el Algebra se puede extender más la discusión de una ecuación cuando hay en ella dos cantidades conocidas que cuando hay una sola.

El error inevitable del materialismo, según hemos dicho, consiste, ante todo, en que parte de una petición de principio, ó mejor dicho, examinándolo bien, de un *πρωτον ψευδος*, á saber: de la hipótesis de que la materia es una cosa dada absolutamente y sin condiciones, esto es, que existe fuera del conocimiento del sujeto, en suma, una *cosa en sí*. Atribuye aquel sistema á la materia (y, por consiguiente, también á sus condiciones previas de espacio y de tiempo), una existencia absoluta independiente del sujeto que percibe: éste es su error fundamental. Además, procediendo lealmente, debe reconocer que todas las cualidades inherentes á la materia dada en el conocimiento, ó sea revestida de la forma, que todas las fuerzas naturales que en ella se manifiestan, y, en fin, la misma fuerza vital, son *qualitates occultae*. Como son inexplicables, no debe tratar de interpretarlas, debe limitarse á considerarlas como punto de partida. Esto es lo que hacen, efectivamente, la Física y la Fisiología, que no tienen la pretensión de dar la explicación última de las cosas. Mas para sustraerse á esta obligación, el materialismo, por el camino que ha seguido hasta aquí, procede deslealmente: niega la existencia de esas fuerzas primitivas, y se considera victorioso (aunque sólo sea en apariencia) reduciéndolas todas, sin exceptuar la misma fuerza vital á una acción puramente mecánica de la

materia, á los fenómenos de la impenetrabilidad, de la forma, de la cohesión, de la impulsión, de la inercia, de la gravedad, etc., que, en verdad, son los menos inexplicables, en razón á que están basados en parte sobre lo que es cierto *a priori*, ó sea, sobre las formas de nuestra propia inteligencia, las cuales son el principio de toda explicación.

Pero el materialismo no quiere saber nada de la inteligencia, condición de todo lo que es objeto, y, por consiguiente, de la totalidad de los fenómenos. Su fin es reducir todo lo cualitativo á lo cuantitativo; para él las cualidades pertenecen á la forma, en oposición á la materia propiamente dicha. De todas las cualidades propiamente dichas, no deja á la materia más que la gravedad, porque ésta es de suyo algo cuantitativo, puesto que sólo ella puede servir para medir la cantidad de la materia. Este camino le conduce forzosamente á la ficción de los átomos, que son los materiales con los que espera reconstruir las misteriosas manifestaciones de las fuerzas primitivas. Pero esto no se refiere á la materia empíricamente dada, sino á una materia que no se encuentra *in rerum natura*, á un puro concepto, á una materia que no tendría otras propiedades que esas propiedades mecánicas que, á excepción de la gravedad, pueden ser más ó menos reconstruidas *a priori*, pues descansan sobre las formas del tiempo, del espacio y de la causalidad, pertenecientes á nuestro intelecto. Tales son los escasos materiales con que tiene que contentarse el materialismo para fabricar sus castillos en el aire.

Así se transforma inevitablemente en atomismo, como le había sucedido ya en los tiempos de su infancia, en las teorías de Leucippo y de Demócrito, y esto le sucede de nuevo, ahora que la edad le ha hecho vol-

ver á la niñez, en Francia, donde la filosofía de Kant es desconocida, y en Alemania, donde está olvidada. Pero esta segunda vez lleva las cosas más lejos que la primera. No solamente los cuerpos sólidos, sino los líquidos, el aire y los gases se componen de átomos; la luz misma resulta de las ondulaciones de un éter hipotético y nada probado, cuyas diferentes velocidades producen los colores. Esta hipótesis, como la de los siete colores de Newton, hoy muerta y enterrada, descansa únicamente sobre una analogía forzada y arbitrariamente establecida con la música. Se necesita ser bien crédulo, en verdad, para dejarse convencer de que innumerables y diferentes *trémolos* del éter, partidos de la infinita variedad de las superficies coloreadas de este mundo de mil colores, puedan correr y cruzarse sin cesar en todas direcciones y cada uno con distinto movimiento, no sólo sin estorbarse nunca unos á otros, sino además produciendo, al través de todo este tumulto y confusión, ese efecto profundamente sereno que produce la luz en un cuadro de la naturaleza ó del arte. *Credat Judaeus Appella!*

Ciertamente, la naturaleza de la luz es un misterio, pero vale más confesarlo que venir á cerrar el camino á la verdad futura con falsas teorías. Las propiedades químicas de la luz prueban ya por sí solas que aquella es cosa muy distinta de un mero movimiento mecánico, de una ondulación ó vibración, de un temblor, y que su naturaleza participa de la de una sustancia material. Chevreul ha presentado á la Academia de Ciencias una interesante serie de experiencias sobre las propiedades ópticas de la luz, en las cuales había hecho obrar á los rayos del sol sobre tejidos de diversos colores; el resultado más curioso fué que una tira de papel expuesta al sol, producía ciertos efectos,

y encerrada en un tubo de hoja de lata, conservaba su actividad durante más de seis meses; ¿es de creer que el *trémolo* hiciera una larga pausa de seis meses para reanudar á su tiempo el movimiento? (Actas de 20 de Diciembre de 1858). Toda esta hipótesis de átomos etéreos que ejecutan trémolos, es una pura quimera, tan absurda como las groseras fantasmagorías de Demócrito, pero bastante osada para darse hoy en día como cosa convenida, con lo cual se ha conseguido que millares de escritorzuelos hueros, que no entienden nada de esto, la repitan devotamente y crean en ella como en el Evangelio.

Pero la teoría atómica va más lejos todavía y puede gritar: *Spartam, quam nactus es orna!* Se han inventado para todos estos átomos los movimientos más variados; los unos giran, los otros vibran, etc., cada uno según su función. Cada átomo tiene también su atmósfera de éter, ó algo parecido; en suma, mil fantasías semejantes.

Los sueños de la filosofía natural de Schelling y sus adeptos tenían al menos el mérito de ser muchas veces espirituales, elevados ó siquiera ingeniosos; éstos, por el contrario, son pesados, vulgares, pobres y torpes como productos malsanos de cerebros que no saben concebir otra realidad que una materia sin propiedades, imaginada por ellos como un objeto absoluto, es decir, un objeto sin sujeto. Además, no comprenden otra actividad que el movimiento y el choque; he aquí los dos únicos principios que están á su alcance y á los cuales refieren todo lo demás *a priori*, pues constituyen para ellos la cosa en sí.

Para llegar á su fin reducen la fuerza vital á las fuerzas químicas (que denominan insidiosamente y sin razón fuerzas moleculares), y todos los procesos de

la naturaleza inorgánica al mecanismo, ó sea al choque y á la repulsión ó contrachoque. De este modo el mundo, con todo cuanto encierra, no es más que una máquina semejante á esos juguetes que representan una mina ó un paisaje movido por palancas, ruedas y arena. El mal viene de que el exceso de trabajo manual consagrado á los experimentos ha hecho perder el hábito del trabajo de cabeza, de la labor mental. El crisol y la pila reemplazan á la meditación; de ahí también esa profunda aversión á la filosofía que se observa entre los experimentadores.

Puede intentarse dar otro giro á la cuestión del materialismo tal como éste ha procedido hasta ahora. Puede decirse que ha naufragado porque no ha conocido bastante esa *materia* con la cual quiere construir el mundo. Si hubiera estudiado la materia verdadera, tal como está dada en la experiencia (es decir, en las sustancias materiales); la materia dotada, como lo está, de todas las propiedades físicas, químicas y eléctricas, así como de aquellas que hacen surgir espontáneamente la vida; si se hubiese dirigido derechamente á esta verdadera *mater rerum*, del seno tenebroso de la cual surgen todos los fenómenos y todos los seres para volverse á sumergirse en él al otro día, el materialismo habría podido, con esta materia conocida y comprendida á fondo, construir un mundo del que no tuviese que avergonzarse. Pero en este caso el artificio habría consistido en trasportar lo desconocido á lo conocido, en poner los *quaesita* entre los *data*, puesto que por principio dado y premisa de todas las deducciones futuras se habría aparentado tomar la pura materia, mas en realidad lo que se habría tomado sería todas las fuerzas misteriosas de la naturaleza que son inherentes á la materia, ó que, ha-

blando con mayor exactitud, la hacen visible; es decir, que se habría procedido de un modo análogo que si confundiéramos con el plato los manjares que en él se sostienen. En realidad, la materia no nos es conocida más que como el vehículo de las cualidades y fuerzas naturales que son sus accidentes, y precisamente porque he reducido éstos á la voluntad es por lo que llamo á la materia la visibilidad de la voluntad. Cuando se la despoja de todas estas cualidades, no queda más que un *no sé qué* sin propiedades, un *caput mortuum* de la naturaleza, del que lealmente no podemos valernos.

Si, por el contrario, la dejamos esas cualidades, se comete, como hemos dicho, una petición de principio por cuanto desde el origen se toman los *quaesita* como *data*. Lo que de ahí resulta no es ya el materialismo propiamente dicho, es el puro naturalismo; es decir, una física absoluta que, según lo expuesto en el capítulo 17, no podrá reemplazar jamás á la metafísica, ni suplirla convenientemente, en razón á que parte de todas esas hipótesis admitiéndolas de antemano y sin intentar siquiera la explicación del fondo de las cosas.

El naturalismo puro se basa, pues, esencialmente sobre cualidades ocultas, más allá de las cuales no se podrá pasar sin acudir, como yo lo he hecho, á la fuente subjetiva del conocimiento. Pero entonces es necesario seguir el largo y penoso camino de la metafísica, puesto que aquello supone el análisis completo de la conciencia individual, así como el de la inteligencia y la voluntad que en ella encontramos. Mas, sin embargo, el punto de partida objetivo, basado sobre cosa tan clara y comprensible como la intuición externa, es una vía tan natural para el hombre y se abre tan fácilmente de suyo, que el espíritu humano en sus espe-

culaciones ha debido necesariamente y hasta primeramente dirigirse al naturalismo, y después, como éste no podía satisfacerle, porque no agota la cuestión, al materialismo. Así, la historia de la filosofía nos presenta en los orígenes el sistema naturalista entre los filósofos de la escuela jónica y tras él el materialismo encarnando las doctrinas de Leucippo y Demócrito y que posteriormente reaparece de tiempo en tiempo.

CAPITULO XXV

CONSIDERACIONES TRASCENDENTES SOBRE LA VOLUNTAD
COMO COSA EN SÍ

La mera contemplación empírica de la naturaleza permite ya reconocer que existe, desde las manifestaciones más elementales y más necesarias de cualquier fuerza natural, hasta la vida y la conciencia humanas, una transición constante por grados insensibles, cuyos límites no tienen nada de absoluto y son muchas veces indecisos. En este orden de ideas y reflexionando más profundamente, se llega pronto á convencerse de que la esencia íntima de todos esos fenómenos, lo que aparece y se manifiesta en ellos es un elemento siempre idéntico, que resalta cada vez más claramente. Se reconoce que aquello que se representa en esos millones de figuras diversificadas hasta lo infinito y nos ofrece así el espectáculo variado y extravagante de una comedia sin principio ni fin, es ese elemento único, tan bien oculto tras todos estos antifaces que no se conoce él á sí mismo y aun á veces le ocurre tratarse muy duramente. Así, la gran doctrina del «ἐν καὶ παν» nació desde los primeros tiempos, en Oriente y Occidente, y se ha conservado, ó al menos ha resucitado siempre, á pesar de todos los esfuerzos dirigidos contra ella.